

Nada oculto que no haya de ser manifestado - Marcos 4:21-25

(Mr 4:21-25) “También les dijo: ¿Acaso se trae la luz para ponerla debajo del almud, o debajo de la cama? ¿No es para ponerla en el candelero? Porque no hay nada oculto que no haya de ser manifestado; ni escondido, que no haya de salir a luz. Si alguno tiene oídos para oír, oiga. Les dijo también: Mirad lo que oís; porque con la medida con que medís, os será medido, y aun se os añadirá a vosotros los que oís. Porque al que tiene, se le dará; y al que no tiene, aun lo que tiene se le quitará.”

Introducción

En este párrafo se encuentran varios dichos de Jesús que también repitió en otras ocasiones en contextos diferentes.

El propósito de Cristo en esta ocasión era subrayar la responsabilidad que recae sobre quien escucha las parábolas.

La luz debe alumbrar

Para esta nueva parábola, el Señor vuelve a utilizar objetos cotidianos que se encontrarían en cualquier casa. La lámpara era un objeto de alfarería en forma de platillo hondo, que a un costado tenía un mango y que al otro llevaba una extensión como una boquilla con una abertura para la mecha. Habría dos agujeros en su parte superior, uno para echar el aceite, el otro para el aire.

En la parábola del sembrador, Jesús había subrayado la necesidad de dar fruto, ahora nos va a enseñar que aquellos que reciben la Palabra deben dar luz. El creyente debe ser como una lámpara que alumbré en medio de las tinieblas del mundo (**Mt 5:14**).

Con esto se hace hincapié en el carácter visible de la vida cristiana. El cristiano no se puede esconder, debe vivir una vida transparente, para que otros puedan apreciar lo que Dios ha hecho en ellos. El Señor no concibe que alguien profese haber recibido el evangelio, y que al mismo tiempo lo mantenga en secreto, sin que lo sepan todas las personas que le conocen. Este es un comportamiento realmente extraño para el hijo de Dios.

No obstante, es cierto que en ocasiones resulta difícil dar testimonio de nuestra fe. Las razones pueden ser varias; desde la vergüenza por parecer diferentes a los demás y que por esta causa nos marginen, o el temor a sufrir la persecución y la pérdida de la vida y los bienes en lugares donde el evangelio es perseguido.

En la iglesia primitiva, algunas veces el mostrarse cristiano suponía la muerte. El imperio romano era tan extenso como el mundo civilizado. Para conseguir alguna clase de unidad vinculante en aquel vasto imperio se inició el culto al emperador. El emperador era la personificación del estado, y se le daba culto como a un dios. Ciertos días señalados se exigía que cada ciudadano fuera e hiciera un sacrificio a la deidad del emperador. Era realmente una prueba de lealtad política. Después le daban a uno un certificado en el que se decía que había cumplido con aquel deber, y entonces podía ir a dar culto al dios que quisiera. Todo lo que un cristiano tenía que hacer era prestarse a cumplir aquel acto formal, recibir el certificado, y ya estaba a salvo. Y el hecho de la historia es que miles de cristianos murieron antes que hacerlo.

Pero aunque nos resulte difícil, se nos impone la obligación de no avergonzarnos de confesar lo que somos y a quién servimos.

El cristiano no sólo debe adquirir conocimientos, también debe comunicarlos a los demás.

Este mundo vive en ignorancia de Dios, desconociendo cómo es él verdaderamente, ni lo que ha hecho por los hombres. Son los cristianos, quienes han recibido su Palabra, quienes deben hablar de Dios al mundo.

La luz no se debe esconder

Luego el Señor añade dos elementos en donde se puede esconder la luz: en un almud o debajo de la cama. Debemos entenderlos también como simbólicos.

“*El almud*” era una medida para grano, así que puede simbolizar el comercio. No sería de extrañar, porque muchas veces la luz del testimonio del creyente suele esconderse muy a menudo por dar una importancia desmedida a las preocupaciones materiales. Y el Señor nos hace una advertencia seria, porque el hecho de poner la lámpara debajo del almud la haría apagar.

“*La cama*” puede simbolizar la pereza que también ahoga el testimonio.

En fuerte contraste con estas dos últimas posibilidades, el Señor indica que el lugar para la luz debe ser el candelero.

El candelero era por lo general un objeto muy sencillo. Podía ser una repisa fijada en la columna del centro de la habitación, o simplemente una piedra sobresaliente de la parte interior de la pared, o un trozo de metal colocado visiblemente para ese fin. La idea es clara; la luz debe colocarse en el lugar desde el que mejor pueda alumbrar.

Todo ha de salir a la luz

El Señor dijo: *“Porque no hay nada oculto que no haya de ser manifestado; ni escondido, que no haya de salir a luz”*. ¿A qué se refería?

- Puede referirse a la fe de alguien que ha creído. En ese caso, querría decir que alguien que realmente ha recibido la Palabra, tarde o temprano manifestará la luz del Evangelio y mostrará de qué lado está.
- Pero puede referirse también a la falta de fe. Los hombres tratan de encubrir las cosas, pero en esto siempre fracasarán, porque Dios exhibe todo a la luz. Ante Dios no es posible tener secretos u ocultarle cosas. Podemos recordar, a modo de ilustración, lo que hicieron Adán y Eva cuando desobedecieron el mandamiento de Dios (**Gn 3:8**).
- Puede referirse a la verdad. Hay algo en la verdad que es indestructible. La gente puede que se niegue a afrontarla; puede que trate de eliminarla; puede que hasta intente borrarla; puede que se niegue a aceptarla, pero la verdad al final siempre prevalecerá.

“Si alguno tiene oídos para oír, oiga”

El Señor hizo varias referencias a la forma en la que oían.

- No deben rehusar oír la Palabra de Dios.

- Es importante oír, pero también lo es meditar bien en lo que se oye.
- Y por último, también hay que tener cuidado en poner en práctica lo que oímos.

“Con la medida con que medís, os será medido”

En este contexto, el Señor se estaba refiriendo “a lo que oís”. Por lo tanto, medir lo que oímos tiene que ver con el valor que damos a la Palabra cuando la escuchamos.

La advertencia tiene que ver con oír la Palabra del Señor y no darle la importancia que tiene. Dios considera a los hombres en función del valor que dan a su Palabra:

(Mt 5:19) *“De manera que cualquiera que quebrante uno de estos mandamientos muy pequeños, y así enseñe a los hombres, muy pequeño será llamado en el reino de los cielos; mas cualquiera que los haga y los enseñe, éste será llamado grande en el reino de los cielos.”*

“Y aun se os añadirá a vosotros los que oís”

Esto nos recuerda que aquellos que oyen adecuadamente la Palabra, siempre tendrán más. El principio es claro: el conocer más de Dios no es una cuestión meramente intelectual. La forma de progresar en el conocimiento de Dios es escuchar su Palabra con interés y desear aplicarla en la vida. Este es el único camino fiable para progresar en el conocimiento de Dios.

Por otro lado, vemos un principio que se repite en muchas áreas de nuestra relación con Dios: Él es muy generoso y desea que siempre tengamos más.

- Dios imparte “*gracia sobre gracia*” (**Jn 1:16**).
- O como nos recuerda el Señor en (**Mt 6:33**) “*Mas buscar primeramente el reino de Dios y su justicia, y todas estas cosas os serán añadidas*”.
- Dios no sólo da “*de*” de sus riquezas, como lo haría un multimillonario al dar una monedas a la beneficencia, sino “*conforme a*” sus riquezas, las riquezas de su gracia (**Ef 1:7**).

“Porque al que tiene, se le dará”

El Señor vuelve a confirmar lo que acaba de explicar: Quien se adueñe de la verdad y la ponga en práctica recibirá mayor luz; pero quien rehuse recibir la verdad perderá hasta el entendimiento que de la verdad tenía.

El grado de gracia que el creyente obtiene se nos presenta íntimamente enlazado con su propia diligencia en el uso de los medios, y su fidelidad en vivir en completa conformidad con la luz y el conocimiento que posee.

La referencia tiene que ver en primer lugar con el discernimiento que recibimos de Dios, pero es un principio general que se aplica igualmente a otras áreas de nuestra relación con él.

- Si hemos recibido la verdad del Evangelio con un corazón sumiso y obediente, Dios tiene muchos más tesoros que darnos.
- Si nos esforzamos en el estudio de la Biblia, descubriremos cosas maravillosas.
- Si vamos a la iglesia sólo para recibir, pronto nos empobreceremos.

- Si estamos deseosos de ser medios para que la luz y bendición lleguen a otros, volveremos nosotros mismos a recibir mayor bendición.
- Si nos han dado algún ministerio en la iglesia y lo desatendemos, acabarán por quitárnoslo.
- El alma generosa que da liberalmente será enriquecida, mientras que el “mezquino” que quiere guardar “lo suyo” quedará pobre y vacío.

Una y otra vez Jesús deja bien claro que la recompensa de un trabajo bien hecho es más trabajo para hacer.

“Y al que no tiene, aun lo que tiene se le quitará”

Tal como lo explicó el Señor, la frase parece un contrasentido: ¿cómo se puede quitar a alguien lo que no tiene? El Señor lo explicó más ampliamente en el relato que recoge Lucas: *“aun lo que piensa tener se le quitará” (Lc 8:18)*.

En los asuntos espirituales es imposible permanecer inmóvil y quieto. Una persona gana o pierde, avanza o retrocede. Esta es una ley universal. Si uno está físicamente en forma, y se mantiene bien, tendrá el cuerpo dispuesto para nuevos esfuerzos; si se descuida, perderá la capacidad que tenía. Cuanto más estudiamos, más podemos aprender; pero, si nos negamos a estudiar, perderemos lo que sabíamos (por ejemplo con los idiomas).

Y espiritualmente, el peligro que se subraya aquí es similar. El creyente nunca llega a un punto de madurez en su vida espiritual en el que ya está fuera de peligros y tentaciones. Descuidar ciertos hábitos como la lectura bíblica o la oración traerán rápidamente la tentación y el pecado.

Y también la persona que va a la iglesia y escucha el evangelio una y otra vez, pero no lo acepta en su corazón con auténtica fe, creyendo que tal vez con su asistencia a la iglesia se encuentra a salvo, pronto descubrirá que no hay ninguna realidad espiritual en su vida que lo pueda proteger y no tardará en alejarse e incluso en endurecerse.

Preguntas

1. El Señor nos enseña que el creyente debe ser luz del mundo. ¿Cuáles cree que son algunas de las razones por las que en ocasiones el creyente no da testimonio de su fe?
2. ¿Cuáles son las formas en las que el Señor nos ha enseñado en este pasaje en que se puede esconder la luz?
3. Cuando el Señor dijo que todo había de salir a la luz, ¿a qué podía estar refiriéndose?
4. ¿Cuál es la forma correcta de oír?
5. ¿Qué quiso decir el Señor con la frase “al que tiene se le dará y al que no tiene, aun lo que tiene se le quitará”?